

influencia que el imperio tiene en muchas de nuestras preferencias culturales. En una muy apretada síntesis, estas serían las valoraciones de una pequeña muestra dentro de otra, del mínimo botón del otro, que ya es una selección.

No comparto la opinión de que “la literatura erótica en la cuentística ecuatoriana de estos tiempos se presenta en toda su plenitud en este libro”, como se expresa en la nota de contraportada. No hay descripciones sexuales ni queda explícito el acto amoroso en estas narraciones espléndidas, y casi habría que añadir “por suerte”. Lejos de recrearse en la anatomía humana, en el camino de sus fluidos viscerales o en las pasiones que desata la desnudez más burda, esta selección muestra una exquisita y subliminal aproximación al amor y al desamor desde la delicadeza y el pudor; desde la finura y la elegancia, desde la Literatura con mayúscula. Tanto para el disfrute de una buena obra de arte como para aprender las distintas maneras de acercarse a sentimientos humanos que son imperecederos, *Amor y desamor en la mitad del mundo* es de una valía considerable, que no pasará inadvertida entre nuestro público lector.

LAI DI FERNÁNDEZ DE JUAN
LA HABANA, 2014

HUILO RUALES HUALCA, ***El alero de las palomas sucias,*** Quito, Eskeletra Editorial, 2014, 2 t.

El alero de las palomas sucias (2 volúmenes) reúne un conjunto de crónicas escritas por Huilo Ruales Hualca en el transcurso de los últimos años, publicadas originalmente en revistas, periódicos y semanarios culturales. El título, de resonancia poética, alude efectivamente a un alero lleno de palomas sucias, ubicado en un callejón sin salida, apegado a la Boquería, el famoso mercado de Barcelona. Se trata de un puesto de libros de segunda mano, en donde suelen darse cita hiperactivos miembros de la CEL (Cofradía de Escarbadores de Libros). Huilo Ruales rememora el día en que, justamente en *El alero*, descubrió la novela breve de un escritor chileno, *Estrella distante*. La narración, verdadero tributo a Roberto Bolaño, da cuenta no solamente de un deslumbramiento, sino de un modo de leer y comprender el hecho literario: “En buena literatura se trabaja con la sombra, o con los materiales que salpica la sombra, o con el eco estridente del silencio. Y la abyección, para que tenga volumen, no tiene que ser mostrada como un número de circo sangriento, ni el terror histórico como un thriller para librería de aeropuerto. Con asombrosa naturalidad y extraña poética, proveniente de una mezcla de desparpajo, lucidez y melancolía [...] despliega una historia que fusiona taller literario y demencia, impunidad y desarraigo, poesía y mal. Mal, con mayúscula, es decir el Mal absoluto, no aquel engendrado por la ignorancia o el resentimiento, sino un ente, una enti-

dad orgánica y real, que late en medio de nosotros y que a veces nos tose en la cara. Pero más que la novela, en esa sofocante tarde lo que me estaba ocurriendo casi de manera química, era el hallazgo de una nueva escritura, es decir de una inusitada manera de ver y palpar el mundo. Por ello, conforme devoraba la novela, masticándola y remasticándola, me fui sintiendo el ciego nato que de pronto empieza a ver. Algo así como suele ocurrir cuando se descubre a Kafka, a Becket, a Nabokov”.¹

Esta cita nos permite percibir un modo de leer y escribir, una manera de hacer crónicas de quien no se cansa de masticar y remasticar textos literarios: libros que conforman la biblioteca del cronista, desde donde mira y relata el universo vital que descubrimos en sus textos. La cotidianidad del mundo entra en las crónicas desde la experiencia del cronista y bajo el amparo de la ficción. Así, por ejemplo, el centauro, mitad hombre mitad bicicleta, que daba vueltas alrededor del parque central de Ibarra, intentando batir un nuevo récord, y su mujer, que tejía algo parecido a un pulóver, aparecen como una pareja de personajes extraviados: “una pareja de desarraigados auténticos, como Gregorio Samsa, el Quijote, Raskolnikoff”.² O en la crónica titulada “Pájaros migratorios”, el negro que ha convertido en refugio una minúscula parada del tren regional en París, parece, a la percepción del escritor, una versión contemporánea de *Un artista*

del hambre, de Kafka. La literatura parece brindar al cronista un sentido de certeza, necesario para comprender y narrar la extrañeza del mundo así llamado real: sus excesos, paradojas, abandonos, contradicciones.

Toda crónica, ese género mixto como lugar de encuentro entre la literatura y el periodismo, pone el acento en el aquí y el ahora de su lugar de enunciación. En ella, el narrador se expresa en una primera persona que no escamotea sus preferencias, afectos y filiaciones. La crónica, en este sentido, tiene mucho de testimonio, puesto que el mundo por ella narrado está mediado por la mirada y la memoria del cronista. Desde *El alero de las palomas sucias*, Huilo nos interpela en medio de un permanente trasegar: aeropuertos, cafés, librerías, centros culturales metropolitanos y locales, plazas y mercados, bares, estaciones de metro, cementerios, bibliotecas, alcobas familiares, locutorios. Espacios habitados, desde el presente o desde una memoria afectiva, por personajes comunes, que en sus andares a ras del suelo van construyendo la historia, van esculpiéndole un rostro a la realidad siempre tan evanescente –prostitutas, niños de la calle, poetas callejeros, burócratas, músicos ciegos, anónimos turistas, migrantes–. Esa memoria convertida en crónica también está poblada por quienes han trascendido en la escena pública. Vidas de quienes han irrumpido, con la fuerza y magnitud para quebrar la linealidad de la historia: Marilyn Monroe, Liz Taylor, Roberto Bolaño, Jaime Zapata. Crónicas escritas en clave de homenaje, con fuerza poética e inmensa carga afectiva.

1. Huilo Ruales, *El alero de las palomas sucias (crónicas de mi guerra crónica)*, t. I (Quito: Eskeletra, 2014), 29.
2. Ruales, “El centauro y la Penélope en Alburá”, en *El alero*, 19.

Un elemento clave que moviliza la escritura de Huilo Ruales es el tema del desarraigo. Seducido por la fonética de la palabra “desarraigo” —“esa fuerza arrastrada de las erres que parecen no dos sino tres, cuatro o aun más”—, el escritor la introduce bajo la resonancia de “arrancar, desgarrar, desarraigar”.³ Se trata de un desarraigo que lo coloca entre varios mundos y distintas ciudades: Ibarra, Quito, París, Barcelona, son referentes reconocibles en sus crónicas. Pero la idea del desarraigo se evidencia sobre todo en su apuesta y empatía con escritores marginales a la Gran Máquina (Rimbaud, Baudelaire, Artaud, el chileno Juan Luis Martínez, el español Leopoldo María Panero), con los fundadores del infrarrealismo, Bolaño y el poeta Mario Santiago Paskuaro, con el club de músicos prodigiosos que se vieron abruptamente desarraigados de la vida a sus 27 años —ángeles exterminadores que murieron de “sobredosis vital”, que penetraron con los ojos abiertos en la oscuridad—. El desarraigo, la afinidad con quienes tratan de “caminar al otro lado, como *Johnny el Perseguido*”,⁴ deviene lugar de enunciación al momento de narrar la ciudad. Es ese el exacto lugar en donde se sitúa el cronista para hablar de los Kitos Infernos, para escribir “Érase una vez el Reino de la Tuentifor” —“El Reino de la Tuentifor tenía la vastedad del infierno y la variedad de un megamercado, de tal manera que todos hallaban la puta que se merecían”.⁵ Similar estrategia narrativa privilegia el cro-

nista al momento de narrar Barcelona. La parada es corta en la ciudad de los turistas y Gaudí, aquella del trío irresistible: Sol, Mediterráneo y Noche. No es la diestra, sino la “siniestra” la urbe que seduce y captura la mirada del cronista: la ciudad habitada por quienes saben que la metrópoli es ante todo un campo de batalla y no solamente una eterna fiesta. La ciudad de los vendedores piratas en la calle y de los indocumentados, la de miles de mujeres del este, del oriente y del sur que aterrizan engañadas por alguna red de proxenetas, la ciudad habitada por migrantes y los Latin-King: “esos ángeles de bronce que hubieran entrado intactos al imaginario de Buñuel”. Los aeropuertos son motivo central de varias crónicas, pero no como mero lugar de paso y trashumancia. Al contrario, lo que atrae la mirada del cronista es el aeropuerto como un cronotopo organizador de historias, memorias, deseos: “La diferencia entre desarraigo y muerte está en la esperanza”,⁶ apunta Ruales, en diálogo con Saramago. Una diferencia entendida a la perfección por quienes viven la experiencia de la migración.

La ciudad ha sido escenario y objeto privilegiado de la crónica: sus rituales, las trayectorias de quienes la habitan y hacen de ella un lugar vivido. La ciudad se deja leer no solamente en sus calles y edificaciones, sino en los rostros, voces e interacciones de quienes la caminan y se apropian de sus espacios. Ibarra, Quito, París y Barcelona son escenarios privilegiados en las crónicas de Huilo Ruales. Son

3. “Un simple desgarrón”, en *El alero*, t. II, 7.

4. “El club”, en *El alero*, t. II, 16.

5. “Érase una vez el Reino de la Tuentifor”, en *El alero*, t. II, 23.

6. “Aeropuertos III: campos de aviación y de emoción”, en *El alero*, t. II, 37.

ciudades rememoradas y actualizadas en la escritura desde la experiencia cotidiana del cronista, pero también desde una memoria literaria por la que transitan los seres de carne y hueso junto a emblemáticos personajes de ficción. Los escritores que circulan en las crónicas habitan una biblioteca compartida y canonizada a lo largo de la historia, otros nos interpelan desde la calle o desde una marginalidad que linda casi con el olvido. Entre los poetas marginales, observa Ruales, hay un segmento interesante ocupado por los poetas orales: Bob Dylan, el *slam*, los poetas llamados nuyoricans, los “poetas de las taquerías” en México. Desde esa sensibilidad en sintonía con las voces de los poetas de la calle, Ruales ensaya una biografía del poeta ecuatoriano Bruno Pino. De la mano de su poesía, el cronista acerca la atmósfera de un pasado reciente, un modo de hacer poesía desde la urgencia política y el nomadismo como apuesta de vida:

Igual que los poetas nómadas que habitan la obra entera de Bolaño, Juan Pino sabe que ser poeta es vivir como poeta, como ‘detective salvaje’. Ser poeta no es solamente ver la muerte deambulando como una puta ebria en busca de clientes, sino sentirla agitándose en su propio corazón.⁷

Las ciudades que cobran vida en las crónicas de *El alero* se dejan conocer también en sus cementerios –como el Père-Lachaise de París, por albergar un selecto club de estrellas que aún titilan: Jim Morrison, Oscar Wilde, Marcel

Proust, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, César Vallejo, Julio Cortázar.

Decía que toda crónica porta un saber testimonial, puesto que es la mirada del cronista la que recorta un fragmento del mundo, un suceso extraordinario o banal, para ser relatado. La vida –fisonomías urbanas o escenarios geográficos, rostros y oficios de personajes anónimos o célebres– entra así en la crónica como relato. ¿Qué relatan las crónicas de Huilo Ruales? Piezas de la mitología local y la memoria colectiva, como la muerte de Charlesatlás Mejía, varias veces mister Imbabura, en manos de su cuñado el Rulimán Ortiz –como una desesperada forma de ejercer eso que se llama justicia por mano propia, frente a la sinrazón de la violencia doméstica. Hablan sobre el carnaval como celebración de esa “ranura en el tiempo por la que salimos a sacudirnos la muerte”, pero en ese mismo gesto la crónica deviene requisitoria y reclamo frente a edictos que prohíben el ritual, en nombre de una aséptica noción del así denominado progreso y civilización:

Ahora, compatriotas, mostremos al mundo que al fin hemos sido civilizados. [...] Tiremos confeti y serpentinas sobre la desdicha de nuestros semejantes. Carbrones. Han erradicado el rito maravilloso del agua. Nos han dejado sucios, falsos y desnudos.⁸

Estas crónicas atienden también vidas aparentemente minúsculas, como la de Renata, vendedora de muñecas de trapo en la Génova del siglo XIX, convertida en leyenda. O en comarcas

7. “Juan Pino o la ternura del toro”, en *El alero*, t. I, 71.

8. “Agua cortada”, en *El alero*, t. I, 64.

locales, el trajinar de un invisible burocrata, don Klavito, entre las oficinas ministeriales y una muchedumbre movilizadas en el justo momento de un golpe de Estado. Pequeños heroísmos no buscados, que hilvanan escenas de una realidad reñida con el sentido común.

El cronista siempre está de viaje, en camino, en constante desplazamiento. En su filiación modernista, la crónica no ha dejado de ser una suerte de “vitrina de la modernidad”, en su función de acercar y mostrar el interior de sus escenarios metropolitanos, sus conquistas y paradojas. El cronista lleva el mundo a su comarca, comparte sus fascinaciones y descubrimientos. Con ese espíritu entra Barcelona en las crónicas de Ruales: la de Carmen Anaya, la de Jean Genet “en su época barcelonesa de puto, drogo y chorizo”, la de Salvador Dalí, la que gozaron un manojo de poetas surrealistas, el Barrio Chino de Gil de Biedma, recogido en testimonios de valiosos fotógrafos como Joan Colom.⁹

Imposible pensar lugares y espacios, ciudades y épocas, sin visualizar los rostros, cuerpos, hábitos de quienes los habitan y convierten en referentes de la historia colectiva. En función de ello, los relatos e historias de vida entretienen una serie de datos que definen la biografía de los sujetos en particular, a la vez que ponen al descubierto políticas y formas de administrar la justicia. Políticas que autorizan mecanismos de inclusión y exclusión, en el orden de la convivencia social. Algunas crónicas de Huilo Ruales están escritas en clave de pequeños guiños biográficos, en el afán

por ofrecernos una suerte de arqueología del presente: el trágico episodio vivido por Karimi Naseerie, en 1988, cuando se vio imposibilitado de salir del aeropuerto parisino, mientras hacían escala de un vuelo que debía concluir en Londres. Subyugado por su historia, recuerda Ruales, buscó al paquistaní para obtener de su propia boca los materiales necesarios para la escritura.¹⁰ O “Prohibido prohibir lo Kitschpe”, que, a partir de la focalización en un personaje, desmonta los mecanismos de racismo y odio, articulados en nombre de la cultura y el así llamado buen gusto. El cronista es una suerte de detective movilizado en pos de un dato, de sucesos extraordinarios y asombrosos, que, en la narración, trascienden su puntual referencialidad en función de su particular resonancia simbólica. El cronista procura contar no solamente lo desconocido o insólito, sino algo quizás conocido pero desde un ángulo nuevo. Una narración que crea el efecto de una primera vez. Es la estrategia que utiliza nuestro cronista al momento de volver sobre el asesinato de John Lennon, pero desde el enigma que instala el gesto de Chapman, su asesino, como lector de *El guardián en el centeno*.¹¹ O el tributo a Marilyn Monroe, que reconstruye fragmentos de una biografía, pero con el acento en la vinculación de la famosa actriz con la literatura y la política, sin escamotear la fascinación del mismo escritor por esa

9. “Barcelona vieja”, en *El alero*, t. II.

10. “Aeropuertos II: un rey cautivo en la jaula más grande del mundo”, en *El alero*, t. I.

11. “Chapman y los patos en invierno”, en *El alero*, t. II.

belleza casi imposible.¹² La extrañeza y lo sorprendente del mundo actual tienen cabida en las crónicas de Huilo Ruales, en el trabajo de una escritora que aúna inmensa dosis de humor, ironía y ternura. Reconocemos en este conjunto de textos al cronista de cuerpo entero, sus fascinaciones y perplejidades, sus lecturas y aprendizajes, sus descubrimientos y pérdidas, porque la crónica es ese género ricamente contaminado que da cabida al mundo sin ocultar la subjetividad de quien lo narra. A la crónica le incumbe todo, desde el fastidioso aleteo de la “mosca hija de puta”, pasando por el perro mascota —“especie de pandemia proporcional a la soledad humana”—,¹³ hasta consejos para armar una antología de poesía ecuatoriana, sin necesidad de lastimarse los dedos. Las crónicas recogidas en *El alero* cuentan con soporte investigativo, y el bagaje de muchas lecturas narran con fluidez y humor, trabajan una escritura cargada de saber testimonial y riqueza poética, suscitan nuestro interés por la resonancia humana y la singularidad de los hechos relatados. Sobre todo, cabe resaltar, se trata de una escritura que propone a la literatura como referente de interpretación al momento de pensar los múltiples rostros de la escena contemporánea.

ALICIA ORTEGA CAICEDO

ÁREA DE LETRAS,

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,

SEDE ECUADOR

**FERNANDO TINAJERO ED.,
Benjamín Carrión
y la “cultura nacional”,**
Quito, Ministerio de Coordinación
de la Política y Gobiernos Autónomos
Descentralizados, 2013, 266 p.

Benjamín Carrión y la “cultura nacional”, parafraseando a su editor y antólogo Fernando Tinajero, es una “restauración”. Lo es en el mejor sentido del término: pues se trata, a través de las páginas seleccionadas, que provienen básicamente de dos libros que como bien apunta Tinajero son los más cohesionados y sólidos de Carrión: *Cartas al Ecuador* y *Nuevas Cartas al Ecuador*, más una reveladora selección de artículos que estaban durmiendo el sueño de los justos en archivos y bibliotecas del país; textos que el lojano publicó en periódicos y revistas como el diario quiteño *El Día* y el vocero socialista *La Tierra*, entre los años 20 y 40 del siglo pasado; luego en las revistas *La calle*, fundada por dos de sus discípulos: Pedro Jorge Vera y su sobrino Alejandro Carrión, con quien, en su momento, terminarán rompiendo tanto Benjamín como Vera. También se recogen los artículos que publicara en la revista *Mañana*, que Vera impulsó de manera solitaria una vez que las diferencias ideológicas y políticas con Alejandro Carrión incidieron en la terminación del proyecto que encarnaba *La Calle*, todo un referente a la hora de hablar del periodismo (¿existe todavía?) de combate político. También se incluyen en este volumen, en la sección ensayos, algunos textos importantes de la obra carrioniana, como el siempre polémico, y por tanto decidor, “Teoría de la Casa

12. “El mejor pecado del mundo”, en *El alero*, t. I.

13. “Perro sigo siendo el rey”, en *El alero*, t. II.